

## No nos faltan los zabulonitas, pero...

**Z**abulón, hijo de Jacob y de Leá (*Gen. 30, 20*), engendró la tribu israelita que llevó su nombre y, evidentemente, los miembros de ella son los zabulonitas de nuestra reflexión de hoy. Los que están más o menos familiarizados con las culturas semitas saben que los nombres hebreos tienen todos un significado. Zabulón se deriva de zabal, verbo que significa permanecer, tener morada estable. La palabra morada, o sea, la residencia permanente (no la tienda de campaña o la casa en la que simplemente se pasa una temporada) se dice en hebreo zebul. Tanta permanencia encierra esta palabra que se aplica en el Antiguo Testamento al Templo de Jerusalén, «morada» de Yahvé, en medio de Su pueblo, y al cielo. Su «morada» propia, permanente, en la que habita desde antes de la creación y de la elección de Israel.

Los zabulonitas vivían junto al mar, al norte de Galilea y tenían frontera con el territorio de Sidón, o sea, con territorio de cananeos (o fenicios, como los llamaron los griegos; gentilicio con el que pasaron a la Historia). El territorio de los zabulonitas no era muy vasto, pero era feraz y, dada su situación geográfica, disfrutaban también y con abundancia de los productos del mar. Al parecer eran buenos guerreros; en la época prehistórica que nos presenta con su estilo propio el *Libro de los Números* se nos dan cifras inauditas para aquellos tiempos, dadas las dimensiones de la tribu: 57 400 hombres aptos para la guerra (*Num. 1, 30*) y 60 500 un poco después (*Num. 26, 26*). Controlaban las vías de Jordania oriental hacia el mar. En resumen, una tribu bien establecida, en lugar estratégico, con territorio fértil, buenos guerreros dispuestos a todo para permanecer (haciendo honor a su nombre) y en contacto fronterizo e inevitable con un pueblo tan distinto como eran los cananeos, cuya cultura y, muy especialmente, su religión, fué la más prolongada tentación que sufrió Israel en su periodo fundacional. Contra la asimilación del cananeísmo tronaron los profetas, los hombres de Dios y de su pueblo, puesto que veían -con razón- que en la interiorización más o menos consciente de lo cananeo residía el mayor peligro de infidelidad a Yahvé, el Dios de Israel, y de disolución de la identidad nacional.

En los textos realmente históricos del Antiguo Testamento no se menciona más a esta tribu, aunque sí al territorio, y en las murallas de Jerusalén hubo una «Puerta de Zabulón» (cf. *Ez. 48, 26-33*). Ya en el Nuevo Testamento, el *Libro del Apocalipsis* menciona a Zabulón entre los 144 000 sellados de las tribus de Israel (*Ap. 7, 8*). Hasta en los más recientemente descifrados textos ugaríticos aparecen los zblnm, identificados por casi todos los especialistas como los zabulonitas.

¿Qué pasó con esta tribu, tan bien dotada y con una buena base material sustentadora? La fantasía fecunda puede elaborar hipótesis. Es posible que hayan corrido la misma suerte de casi todos los pueblos del norte de Israel, o sea, de Galilea, y hayan sido destruidos por los asirios en aquella guerra absurda entre el pichoncito pequeño que era Israel y el poderoso león que fué Asiria. Los militares -y los zabulonitas tenían alma militar- no suelen ser muy matizados en sus cálculos, en la medida de sus fuerzas objetivas. Y no son propensos a las transacciones, a la concertación de voluntades, a la fuma de la sabia pipa de la paz.

A veces se lanzan contra el enemigo real o el fabricado sin tener en cuenta las posibilidades de victoria o de ganancias que podrían obtenerse de ese combate desigual. La historia posterior de la humanidad nos ha revelado que el militarismo puede ser una especie de drogadicción, de impulso irracional que, además, si logra victorias, éstas suelen acarrear, a mediano y a largo plazo, mayores inconvenientes que las ventajas de la aventura de las armas y la sangre. ¿Estarían, además, debilitados desde antes, en su propia médula, en su identidad, por el contagio cananeo? Los textos proféticos son muy claros al respecto: la pérdida de su religión, de la proximidad a Yahvé, o el mero sincretismo con las religiones de los pueblos vecinos (sobre todo, insisto, de los cananeos) les deterioraba la entraña personal y comunitaria; los desnudaba como pueblo y los despojaba de su razón de ser y de su quehacer.

El destino de los zabulonitas y de otros personajes bíblicos con los que tropiezo cotidianamente cuando leo la Escritura, estimula casi siempre mi imaginación y los traigo a nuestra contemporaneidad, después de haberlos hecho recorrer -a los pueblos y a sus personajes- por otros pasajes de la historia de los hombres en este planeta Tierra. «La historia es maestra de la vida», afirmó Cicerón, a quien contrapongo ahora nuestro refrán: «Nadie experimenta en cabeza ajena». ¿Quién tiene razón: el refrán o el viejo Cicerón? Creo que los dos... parcialmente. Hay quienes son buenos alumnos de la Historia y hay quienes no aprenden sino cuando su cabeza sufre un buen encontronazo contra el muro de la realidad, que no se equipara a los deseos; que es como es y en ella hay que moverse, no en el mundo de los deseos. Estos pueden ser acicate, estímulo, meta, pero no podemos confundirlos con las cosas como se nos dan en la vida. Hay quienes en alguna dimensión de su existencia aprenden de la experiencia ajena y en otra, ni con la repetición de los encontronazos y de los chichones subsiguientes son capaces de interiorizar la lección que se desprende de ellos. Si comprometen sólo su propia cabeza... peor para ellos. Lo triste es que muchos de estos hombres y mujeres, insensibles y tozudos, incapaces de aprender ni de la Historia, ni del Maestro Chichón, arrastran en su desastre a otros: a familiares, a amigos, a socios en una empresa, a alumnos y, si de políticos se trata, a sus seguidores.

Nuestro país está abierto al mar, como el país de Zabulón; su tierra es feraz; a dos pasos de su frontera viven cananeos que pretenden deteriorarnos la médula con los ídolos de la contemporaneidad y de una postmodernidad indefinible; viven en nuestro territorio hombres dispuestos a todo para permanecer, para dar henchimiento a nuestra morada permanente, pues somos, en verdad zabulonitas, pero, ¿nos alcanza la sabiduría para trazar bien el camino o nos dejamos hipnotizar por los fragores narcotizantes, alienantes, es decir, los que nos «ajenan» de nuestra realidad, de lo que somos y de lo que podemos objetivamente llegar a ser?

No nos faltan, pues, los zabulonitas capaces- de esto no me caben dudas- pero...

La Habana, 16 de mayo de 1996.